

Periodismo no es comunicación, es mucho más: por qué la palabra «comunicación» es perversa y destruye la democracia



Carlos Elías es periodista, catedrático de Periodismo de la Universidad Carlos III de Madrid y catedrático Jean Monnet «UE, desinformación y fake news». Se especializó en Ciencia, Tecnología y Opinión Pública en la London School of Economics (un año becado como *visiting fellow*) y en Harvard (otro año como *visiting scholar*). Ha trabajado como periodista en la *Agencia Efe* (política) y como responsable de ciencia en *El Mundo*. Codirige el Proyecto Nacional «Pseudociencia, teorías conspirativas, fake news y alfabetismo mediático en la comunicación en salud». Su último libro es *Science on the Ropes. Decline of Scientific Culture in the era of Fake News* (Springer-Nature, 2019).

Carlos Elías

Periodista y catedrático de Periodismo
Universidad Carlos III de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/esmp.105137>

Resumen. El periodismo no es simple comunicación, sino mucho más: es un pilar esencial de la democracia. Periodismo y ciencia nacieron en la misma época y lugar y comparten objetivo: buscar la verdad y hacerla pública, incluso enfrentándose al poder. A diferencia de la comunicación –concepto vacío que abarca desde la propaganda hasta la ficción–, el periodismo tiene una dimensión ética y épica. Desde Sócrates y Galileo hasta Gerlich o los periodistas contemporáneos asesinados por ejercer su oficio, la historia muestra que quienes cuestionan con datos y hechos incomodan al poder y ponen en riesgo su vida. En cambio, la ficción, la propaganda o el entretenimiento –como el teatro de Aristófanes, la propaganda de Goebbels o las películas de Coppola– pueden influir en la sociedad, pero rara vez resultan peligrosos para los poderosos, más bien suelen protegerlos o blanquearlos. En un momento donde la democracia en Occidente está en peligro, resulta chocante que muchas universidades sustituyan la palabra «periodismo» por «comunicación». Mientras todos los seres vivos se comunican, sólo el periodismo, al igual que la ciencia, persigue sistemáticamente la verdad. Reducirlo a «comunicación» es diluir su misión y dimensión y, sobre todo, vaciarlo de su carácter de contrapoder.

Palabras clave. Periodismo, comunicación, IA generativa, democracia.

[en] Journalism Is Not Communication, It Is Much More: Why the Word «Comunicación» Is Pernicious and Destroys Democracy

Abstract. Journalism is not mere communication but much more: it is an essential pillar of democracy. Journalism and science were born in the same time and place and share the same goal: to seek the truth and make it public, even when confronting power. Unlike communication—a hollow concept that encompasses everything from propaganda to fiction—journalism carries both an ethical and an epic dimension. From Socrates and Galileo to Gerlich and contemporary journalists murdered for their profession, history shows that those who challenge power with facts and evidence unsettle it and put their lives at risk. By contrast, fiction, propaganda, or entertainment—whether Aristophanes' theater, Goebbels' propaganda, or Coppola's films—may influence society but rarely endanger the powerful, often protecting or whitewashing them instead. At a time when democracy in the West is under threat, it is striking that many universities replace the word journalism with communication. While all living beings communicate, only journalism, like science, systematically pursues truth. Reducing it to communication dilutes its mission and scope and, above all, strips it of its counterpower character.

Keywords. Journalism, Communication, Generative AI, Democracy.

Cómo citar: Elías, C. (2025). Periodismo no es comunicación, es mucho más: por qué la palabra «comunicación» es perversa y destruye la democracia. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 31(4), 1095-1103. <https://dx.doi.org/10.5209/esmp.105137>

1. Introducción

Uno de los pilares de la democracia es que nadie ejerza el poder absoluto. La «salud» democrática se mide en la existencia de contrapoderes fuertes e independientes que eviten que éste recaiga en una sola persona o un solo poder. Este peligro lo evidencia la historia, pero también la psicología: el cerebro humano tiende a los sesgos de confirmación para atender sólo aquello que refuerza sus ideas previas. Todo humano tiende desde que nace a la tiranía: desde los «niños emperadores», mimados por sus padres, hasta los adultos poderosos que no han conocido contrapoderes. De hecho, los césares romanos tenían a un esclavo para recordarles que eran humanos, porque el cerebro de alguien que ostenta el poder se modifica.

Una democracia sana, además de la obvia separación de poderes —legislativo, ejecutivo y judicial—, tiene otro que es, si cabe, aún más relevante: el periodismo libre y crítico. De hecho, hay separación de poderes —aunque con limitaciones (hasta Rusia tiene un parlamento)— en las dictaduras, pero lo que no tiene ninguna dictadura es un periodismo libre y crítico con el poder político. Y, obviamente, también crítico con el poder judicial o el económico, el cultural o el científico. El periodista no es un contrapoder; es mejor definirlo como un limpiador de cristales: limpia la suciedad con la que el poder empaña la realidad para que la sociedad no pueda verla. Una vez que la sociedad es consciente de la realidad, puede decidir mejor. El periodismo es esclavo de la realidad; de ahí su grandeza, pero también su peligro para corruptos o tiranos.

No existe un consenso sobre cuándo nació el periodismo, porque depende de las múltiples definiciones que tenemos de esta profesión. El periodista y nobel de Literatura Gabriel García Márquez la definió en 1996 (en una conferencia en la Sociedad Interamericana de Prensa) como «el mejor oficio del mundo». En su opinión no sólo era un laboratorio de escritura, sino también un espacio para conectar con la realidad y la naturaleza humana. Según García Márquez y también Vargas Llosa —otro periodista nobel de Literatura—, el periodismo siempre fue una inspiración para sus obras literarias. Por qué un periodista se pasa a la ficción ha sido un debate que no ha encontrado consenso en la profesión: quizás se pasa porque la ficción no tiene riesgos, porque da más dinero, porque te pueden dar un Nobel...

He aquí una definición clásica de periodismo: indagar la verdad a través de preguntas incómodas al poder. Con esa definición no cabe duda de que uno de los primeros periodistas fue Sócrates (470 a. C.-399 a. C.). Para los politólogos es el padre de la filosofía política; pero para los periodistas es nuestro primer referente: su duda socrática para llegar a la verdad es la base de la lógica de Aristóteles; y ésta, la fuente del método científico de Galileo que, a la postre, es el mejor método que han desarrollado los humanos para encontrar la verdad. El proceso de verificación de una noticia está muy influenciado por el método científico. Ciencia y periodismo tienen el mismo objetivo: buscar la verdad y hacerla pública. Y ambas profesiones comparten una característica relevante: la curiosidad.

La curiosidad es incómoda para el poder. La propia Biblia nos dice que la expulsión de Adán y Eva del paraíso se debió a que Eva tuvo la «curiosidad» de probar una manzana del árbol de la ciencia (el Génesis lo define como árbol del conocimiento). La curiosidad fue pecado mortal durante muchos siglos. E, incluso, existen refranes, al menos en español, del tipo «la curiosidad mató al gato». Los relatos —sobre todo de ficción— nunca han sido problemáticos para el poder: la Biblia es un conjunto de relatos. Los datos, la realidad y la verdad sí son peligrosos. La Biblia —o el Corán o el Talmud— es comunicación, en forma de *storytelling*, pero comunicación; jamás será ni ciencia ni periodismo. Estas dos últimas profesiones son esclavas de los hechos y de la verdad.

Sócrates tuvo un destino trágico que también, desgraciadamente, padecen muchos periodistas actuales: fue condenado a muerte porque era incómodo para el poder. Temían no solo sus molestas preguntas, sino su gran influencia entre la gente inteligente y, en general, en la audiencia de la época. Según otra definición, el periodismo representa una forma de comunicar la verdad, pero con métodos que llegan a grandes audiencias. De ahí su poder en sistemas donde la sociedad puede decidir: desde quién gobierna hasta qué película tiene éxito. Un oscuro filósofo o científico puede querer encontrar la verdad, pero es difícil que llegue a grandes masas. En sistemas como el ateniense, o las democracias liberales, conectar con grandes audiencias —la masa— otorga gran poder y también una gran responsabilidad, pues las mayorías son las que definen el poder. El poder político en las elecciones y el económico o empresarial en los deseos de compra.

En Atenas el poder de la época se sirvió de toda una serie de instrumentos para deslegitimar a Sócrates. A falta de televisión, de redes sociales o de prensa —a falta de medios de comunicación contemporáneos—, el poder usó el medio de comunicación de masas de la época: el teatro; es decir, la ficción. Y el encargado de sembrar bulos sobre Sócrates fue el dramaturgo Aristófanes (444-385 a. C.), conocido como el «padre de la comedia». Aristófanes escribió «el guion» de su obra *Las Nubes*, publicada en el 423 a. C., como una forma de condicionar a la opinión pública en contra del filósofo de las preguntas incómodas. A través del «coro a Sócrates», la comedia de Aristófanes caracteriza al filósofo como arrogante, ambulante sin trabajo, mal vestido, soberbio... La estudiosa de la literatura clásica Dora Scaramella sostiene que:

Aristófanes acentúa en las acciones todo lo que hay de más grosero, en los personajes, los rasgos más bufonescos, pero se salva de caer en lo intolerable porque en lugar de presentar todo esto en un recto sentido lo traslada al terreno de lo fantástico y extravagante, ofreciendo en sus comedias una mezcla de realismo e irrealdad. (Scaramella, 1972, p. 12)

Este ataque a Sócrates, ridiculizándolo, es lo que propician hoy los autócratas y algunos académicos que van en contra de los periodistas y del periodismo. Si en Atenas se hacía con el teatro, hoy en día usan las redes sociales o las tertulias de televisión. El periodista que busca la verdad y la pública siempre ha sido el enemigo a batir. De sobra

conocida, en la trama de *Las Nubes* un padre envía a su hijo a la escuela de Sócrates. El hijo no quiere asistir —versión griega de la actual *influencer* María Pombo, que dice que leer está sobrevalorado— y acude el padre. Éste se escandaliza cuando Sócrates lo introduce en la «racionalidad» y afirma a sus alumnos que el dios Zeus no es real, que sólo las nubes, el relámpago y el aire eran reales y, por tanto, los verdaderos dioses.

Como sabemos, Sócrates fue condenado a muerte en el ágora en un juicio público en el que los ciudadanos —la audiencia— votó a favor de la pena de muerte por corromper a la juventud y decirles una verdad peregrina: que los dioses no existen. La opinión pública que lo condenó no había asistido a sus clases, ni entendió el lenguaje filosófico con el que Sócrates intentó defenderse. Sólo había visto la comedia de Aristófanes; es decir una ficción —una mentira—. Y ése es el gran peligro de la ficción: que el espectador crea que tiene algo que ver con la realidad. Una vez vista la ficción de Aristófanes, ya era muy difícil cambiar de opinión a favor de Sócrates. El relato siempre convence más que el dato porque el cerebro humano no es tan desarrollado como pensamos.

2. El periodismo como profesión

La muerte de Sócrates nos sigue doliendo a todo Occidente casi 25 siglos después (Wilson, 2008). Aristófanes, sin embargo, falleció plácidamente. El episodio Sócrates-Aristófanes también representa la diferencia entre la realidad y ficción, e ilustra lo peligroso que es describir e investigar la realidad o la verdad —o hacerse preguntas incómodas— y lo agradable y plegada al poder que suele ser la ficción. Sabemos que Aristófanes ganó un buen dinero con su teatro. También sabemos que la comedia de Aristófanes fue central en la acusación contra Sócrates.

Como he mencionado, el filósofo sostenía que los dioses son solo ficción. Hoy en día es una obviedad: Zeus no existe, pero sí existe el rayo, las nubes o el aire. Sin dioses se puede vivir (porque son ficción); sin aire, no. Sócrates dio su vida por la búsqueda de la verdad y por hacerla pública: la mejor definición de lo que es periodismo (y ciencia).

El filósofo surcoreano (y profesor de Estudios Culturales de la Universidad de Berlín) Byung-Chul Han considera, en su libro *Infocracia* (2022), que «la verdad posee una temporalidad muy diferente a la información. Mientras que ésta tiene una actualidad muy exigua, la duración caracteriza a la verdad. Por eso estabiliza la vida» (Han, 2022, p. 91). En su opinión, en el nuevo orden digital, «la verdad deja paso a la fugacidad de la información». Pero información es un término vacío, pues lo abarca todo: también es información la mentira, la ficción o las *fake news*. De ahí que el poder prefiera la información al periodismo. Los periodistas nunca hablamos de noticias falsas, sino de desinformación. La información puede ser falsa, la noticia periodística, no, pues no sería periodismo. Byung-Chul Han (uno de los filósofos más leídos del mundo) señala:

Hoy vamos a tener que conformarnos con la información. Es evidente que la época de la verdad ha terminado. El régimen de la

información está desplazando al régimen de la verdad. En el Estado totalitario construido sobre una mentira total, decir la verdad es un acto revolucionario (Han, 2022: 91-92).

Claro que es un acto revolucionario y, por eso, autócratas como el presidente estadounidense Donald Trump están en contra de las dos disciplinas que buscan la verdad: la ciencia y el periodismo. Pero, si queremos defender la democracia, no podemos claudicar, como hace Han. No extraña que los jóvenes no quieran estudiar Filosofía o Estudios Culturales. La verdad existe y puede ser encontrada con el método científico, la lógica y las técnicas periodísticas de verificación. Aunque, obviamente, el precio que pagan los periodistas es muy elevado.

¿Cuántos periodistas mueren al año en el ejercicio de su profesión? Según Reporteros sin Fronteras, en su *Balance 2024 de periodistas asesinados, encarcelados, secuestrados y desaparecidos en el mundo*, desde octubre de 2023 a diciembre de 2024, cuando se publicó el informe, fueron asesinados más de 145 periodistas, de los cuales al menos 35 fueron deliberadamente asesinados en el ejercicio de su trabajo (Reporteros sin Fronteras, 2024).

El informe recuerda que en los últimos 20 años han sido asesinados más de 1700 periodistas en todo el mundo. Frente a estos datos, uno se pregunta: ¿cuántos dramaturgos o cineastas han sido deliberadamente asesinados en el ejercicio de su trabajo? Prácticamente ninguno. Ahí vemos las diferencias entre unos y otros. Tampoco se contabilizan filósofos, polítólogos o veterinarios fallecidos en el ejercicio de su profesión. La profesión de periodista es arriesgada, y lo es porque buscar la verdad y hacerla pública siempre ha sido peligroso. Contar una historia romántica, o incluso reivindicativa, no es peligrosa para el poder siempre y cuando sea mentira; es decir, ficción.

Existe un abismo inmenso entre el periodista Roberto Saviano y su novela sobre la mafia, *Gomorra* (2008), basada en documentos y hechos reales (un ejercicio de periodismo de investigación) y el cineasta Francis Ford Coppola y su película, también sobre la mafia, *El Padrino* (1972) y sus sucesivas secuelas. Saviano, al contar datos reales, vive desde 2008 con escolta permanente y abandonó Italia cuando se descubrió que el clan mafioso de los Casalesi tenía previsto asesinarlo a él y a sus escoltas en la Navidad de 2008. Coppola, por el contrario, no sólo obtuvo un Óscar a la mejor película (y otro al mejor guion) con *El Padrino*, sino que ganó millones de dólares —es una de las más taquilleras de la historia— con la trilogía sobre la mafia (basadas en la novela de Mario Puzo).

Como señala el periodista Tim Adler, en su libro *Hollywood and the Mob*, «*El Padrino* cambió la manera en la que los mafiosos se consideraban a sí mismos. Fueron retratados de manera elegante y honorable, cuando en la realidad estos hombres eran torpes, ignorantes, vulgares y violentos» (Adler, 2011). La película, incluso, encantó a la mafia, pues en cierta forma la humanizó (y blanqueó). Uno de sus personajes, Don Vito, está glorificado, representando el honor, la familia o la tradición. Obviamente, Coppola no ha necesitado escolta. Fue tan cobarde que en *El Padrino* no aparece la palabra «mafia».

La ficción —novela, cine, series...— puede influir en la masa, como lo hacen otros tipos de comunicación, desde los bulos a las teorías de conspiración que, por otra parte, no dejan de ser ficción. De ahí que el poder proteja la ficción. La ficción, no obstante, según sus defensores, sirve para expandir los límites de la naturaleza humana. El periodista y nobel de Literatura Mario Vargas Llosa (que se hizo millonario cuando se pasó del periodismo a la ficción) la defiende en su libro *La verdad de las mentiras* (1990):

Los hombres no viven sólo de verdades; también les hacen falta las mentiras: las que inventan libremente, no las que les imponen; las que se presentan como lo que son, no las contrabandeadas con el ropaje de la historia. La ficción enriquece su existencia, la completa, y, transitoriamente, las compensa de esa trágica condición que es la nuestra: la de desear y soñar siempre más de lo que podemos realmente alcanzar. (Vargas Llosa, 1990, p. 10).

Esto puede derivar en un poder narcotizante y desmovilizador de la sociedad. Consumir ficción —como una droga— para escapar de la realidad. Filósofos contemporáneos como Byung-Chul Han o Georges Didi-Huberman alertan de estas tendencias. Vivimos en una sociedad de la anestesia mediante la adicción a la ficción. Plataformas de ficción como Netflix controlan la conversación en redes sociales, sobre todo en TikTok, X e Instagram (Fernández Torres y Villena Alarcón, 2021) donde también pasamos mucho tiempo.

No existe un consenso académico sobre si Sócrates fue el primer periodista. Para otros muchos, el periodismo nació a comienzos del siglo XVIII, en concreto en 1702, con la fundación del *Daily Courant* en Londres. Ubicado en la célebre *Fleet Street*, que más tarde sería llamada la calle de la prensa, el *Daily Courant* es considerado el primer periódico de la historia en ser diario; es decir, en renovarse cada 24 horas. No es cuestión de profundizar en este concepto, pero algunos historiadores de la prensa sostienen que esta idea de fugacidad cada 24 horas cambió la noción de tiempo que tenía el ser humano: ya no era algo divino, sino muy terrenal y medible. En otros países europeos existían periódicos como *Le Mercure de France*, fundado en 1611, pero se publicaba una vez al año. El concepto del *Daily Courant* es muy diferente porque supone una vigilancia «diaria»; es decir, continua sobre el poder. Esto cambiará a principios del siglo XXI con las redes sociales. La vigilancia pasará de continua a constante.

También resulta interesante el hecho de que su fundadora, Elizabeth Mallet (1672-1706), sólo quisiera publicar noticias de países extranjeros. Descartaba las de Londres o Inglaterra, pues temía las represalias del poder. Seleccionaba «hechos» y no «opiniones». Los hechos, repito, son muy peligrosos porque son reales. De ahí que muchos populismos actuales —de izquierda y de derecha—, basándose en los filósofos postmodernos, cuestionen la existencia de los hechos. William Shakespeare (1564-1616) criticó muchísimo al poder, pero desde la ficción y, desde ese ángulo, apenas supone peligro. Shakespeare —como Aristófanes— fue aclamado en su época. La ficción de Netflix no será peligrosa para el poder; un

periódico que haga de contrapoder a través de hechos ciertos sí que lo es.

La mejor definición de un dictador es la que lo retrata como aquel que quiere atar en corto a los periodistas críticos. Cuando un político, del signo que sea, ataca a los periodistas, nos hallamos ante un síntoma que permite calificarlo como autócrata. La salud de una democracia se mide, entre otros parámetros, por la cantidad de noticias contrarias al poder y a los poderosos que se publican diariamente en un país.

Por otro lado, es importante destacar la coyuntura de que, prácticamente, coincidiera el nacimiento de ese primer periódico diario —el *Daily Courant*— y la primera sociedad científica del mundo: la *Royal Society*, fundada en Londres en 1662. La coincidencia más o menos en el tiempo (1662 y 1702) y en el espacio (Londres) no es baladí. En ese espacio —Inglaterra— y en ese tiempo —principios del XVIII— comenzó un interés por la búsqueda de la verdad y sus métodos. El método científico es la mejor forma que ha tenido el ser humano para llegar a la verdad. Y este método se basa en dos pilares: la duda socrática —la pregunta impertinente sobre las causas de todo— y el empirismo de Francis Bacon (1561-1662); es decir, los datos: lo que luego se llamaría periodismo de precisión o más recientemente periodismo de datos.

Bacon fue el filósofo británico más importante de su época. Su defensa del empirismo y de las ciencias naturales le hace merecedor de esa distinción. Incluso existe la «teoría baconiana», según la cual un simple actor como William Shakespeare no pudo haber escrito unas obras con una profundidad tan relevante sobre los mecanismos del poder. Y esta teoría sostiene que detrás de muchas de sus obras está la mano de Bacon. Autor de la famosísima *Novumorganum* (1620), donde describe las reglas del método científico para las ciencias experimentales, Bacon fue un destacado político que llegó a ser nombrado canciller. Es decir, conocía de primera mano los vericuetos del poder. No obstante, no es este el sitio para ese debate.

Tampoco es sitio para profundizar, aunque es conveniente recordarlo, que coetáneos con Bacon tenemos en España a Santa Teresa (1515-1585) o San Juan de la Cruz (1542-1591), figuras máximas de la mística española y de la literatura del Siglo de Oro. Empirismo inglés frente a misticismo español. Dos formas culturales totalmente diferentes. Así describe Santa Teresa el episodio de éxtasis en su *Libro de la vida*:

Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. El dolor era tan fuerte que me hacía lanzar gemidos, mas esta pena excesiva estaba tan sobre pasada por la dulzura que no deseaba que terminara. El alma no se contenta ahora con nada menos que con Dios. El dolor no es corporal sino espiritual, aunque el cuerpo tiene su parte en él. Es un intercambio amoro-so tan dulce el que ahora tiene lugar entre el

alma y Dios, que le pido a Dios en su bondad que haga experimentarlo a cualquiera que pueda pensar que miento... (Santa Teresa de Jesús, cap. 29, p. 13)

¿Esto es verdad o es ficción? En el siglo XVII no existían el cine ni las series para llevar este texto al lenguaje audiovisual, pero sí al visual: la maravillosa escultura que realiza el italiano Bernini (1598-1680) sobre este episodio. ¿Pero representa algo real o es ficción? Para responder a esta pregunta nacieron la ciencia y el periodismo.

3. La verdad ya no viene de relatos ficcionados, como la Biblia, sino de la ciencia y el periodismo

Lo relevante es que, sea como fuere, en la Inglaterra de finales del XVII y principios del XVIII se consolidó un movimiento de búsqueda y consolidación de la verdad. Y fue consolidación porque este movimiento se gestó en Italia con el juicio de Galileo. Galileo (1564-1642) está considerado como el primer científico moderno porque estableció la observación y la experimentación como formas de llegar a la verdad. Aristóteles había defendido la lógica; y, siendo relevante, con la simple lógica no llegas a la verdad. Por eso se equivocó en todo lo relacionado con las ciencias físicas y biológicas. La lógica te puede decir que el Sol se mueve alrededor de la Tierra porque lo vemos salir por el este y ponerse por el oeste. Pero solo la experimentación te demuestra que es la Tierra la que se mueve alrededor del Sol.

El juicio de la Inquisición contra Galileo, que se inició en 1610, supuso un punto de inflexión en la historia de Occidente, al igual que lo fue el juicio a Sócrates. (Algunos autores como Wilson [2008] sostienen que el otro gran juicio de Occidente, el de Jesucristo, sólo fue una copia actualizada a la era romana del juicio de Sócrates).

Hasta Galileo, en Occidente la verdad procedía de la Biblia. Y, de hecho, una de las acusaciones más fuertes que hicieron los jesuitas inquisidores frente a Galileo fue que si la teoría heliocéntrica («el Sol en el centro, inmóvil, y la Tierra móvil girando a su alrededor») era cierta, eso desacreditaba la Biblia, puesto que ésta afirmaba que Josué mandó a parar el Sol. «¿Cómo lo puede mandar a parar si ya está inmóvil según su teoría?», preguntaban a Galileo.

Galileo desmontó que la Tierra fuera el centro del universo y eso desmentía el relato bíblico de que el hombre era el centro de la creación. Es decir, a partir de Galileo, se demostró que la Biblia es ficción. Pero Galileo usó la observación y experimentación: con su telescopio observó que las lunas de Júpiter se movían en torno a ese planeta, no alrededor de la Tierra. Así que, al menos, las lunas de Júpiter (que eran parte del universo) no seguían el relato de la Iglesia. Galileo recabó datos y hechos. El debate no era baladí. Si la Biblia tenía fallos, ya no era fuente de verdad y, por tanto, había que buscar otros métodos.

Sin embargo, la verdadera revolución galileana no consistió en poner al Sol en el centro, sino algo mucho más relevante: un simple matemático, que en cualquier otra cultura no hubiera sido nadie, fue capaz de cuestionar el sistema narrativo —el relato ficcionado— en el que se sostenía el poder tanto político como eclesiástico. Esa es otra de las

grandezas de Occidente. Unos «muertos de hambre» como Sócrates, Galileo o un periodista actual pueden cuestionar al poder. Obviamente el poder se defiende: a Sócrates lo condenaron a muerte y a Galileo lo sentenciaron a reclusión perpetua. Pero son héroes y forman parte de la épica de la cultura occidental del culto a la libertad y la búsqueda de la verdad. Imponer el dato y los hechos al relato. Imponer la realidad frente a la ficción. Porque la ficción no tiene mérito: existe en todas las culturas, incluso en las menos desarrolladas como las tribus del Amazonas. La ciencia y el periodismo son un producto cultural muy sofisticado de Occidente.

Por tanto, con Galileo, que también desmontó la física del todopoderoso —hasta entonces— Aristóteles, Occidente (o la parte protestante de Occidente) entró en otra fase: considerar que la Biblia no era fuente de verdad y que ésta se obtenía de los datos, la experimentación y la observación. Nunca de un relato. Entramos en la era de la Ilustración y la razón. La era de la Encyclopédie, que daba más espacio a los filósofos, matemáticos y científicos que a los santos o reyes. El dato y su contexto siempre serían más relevantes que el relato. No había pasado antes en ninguna cultura. Y, por supuesto, ese enfoque revolucionario tendrá detractores, que serían todos los perdedores de esa guerra, los que preferían los relatos a los datos y los hechos: desde los escritores románticos hasta los filósofos postmodernos.

El lema de la Royal Society era «*Nullius in verba*», sentencia de Horacio que significa «en palabras de nadie». Nació en Occidente una nueva forma de pensar: el conocimiento se perseguía a través de experimentos, sin dejarse influir por las autoridades. No debe sostenerse nada basado simplemente en la palabra, la fama o la supuesta autoridad de nadie: solo datos, experimentos y hechos. Eso supuso, por ejemplo, que las universidades que se crearon en el siglo XVII, como Harvard o Yale, tuvieran la palabra «*veritas*» [verdad, en latín] en su logo. Ya no era «*Deux* [Dios] lo que aparecía en las universidades medievales como Salamanca u Oxford, porque la verdad ya no venía de Dios, pese a que la Biblia insiste en que «Jesús dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí (Juan 14:6)».

El diario británico *The Guardian* —fundado en 1821— actualizó el lema de la Royal Society con una frase icónica en el periodismo: «Los hechos son sagrados, las opiniones son libres». La búsqueda de la verdad tiene que ir más allá de las presiones políticas, sociales o religiosas. Y, desde luego, jamás se obtendría de la ficción, sino de la ciencia y el periodismo.

4. Periodismo no es simple comunicación; es mucho más

Esta búsqueda de la verdad y hacerla pública difieren a la ciencia y al periodismo de cualquier otro saber humano, pues otras disciplinas —literatura, pintura, religión, política, derecho, filosofía— no tienen necesariamente ese objetivo. De ahí la gran diferencia entre un término con grandeza, épica y ética como «periodismo» a otro muy cuestionable como «comunicación». Lo que hacían Aristófanes o Shakespeare era comunicación, pero no es periodismo. La ficción

es una mentira, por eso la vida de escritores –de ficción–, guionistas o los cineastas no corren el peligro que sí corren los periodistas. La propaganda es comunicación, pero no es periodismo. Goebbels, el ideólogo de la comunicación de Hitler (hoy lo llamaríamos su jefe de comunicación), trabajaba en comunicación, pero, obviamente, no era periodismo.

Para Goebbels, definido como comunicólogo y como padre del marketing político, la verdad era irrelevante; no estudió ciencia –como Einstein– o periodismo: Goebbels estudió literatura e, incluso, su tesis doctoral fue sobre un dramaturgo romántico del siglo XIX: Whilhelm von Schütz. Para él la mentira –es decir, la ficción– era digna.

Existe una diferencia abismal entre Goebbels y el periodista alemán Fritz Gerlich (1883-1934). Gerlich estudió Ciencias Naturales, Antropología e Historia en Múnich antes de dedicarse al periodismo. Fundó y dirigió periódicos que combatieron a Hitler y, obviamente, cuando los nazis tomaron el poder en Alemania, en 1933, las tropas asaltaron la redacción de su periódico –el *Der GeradeWeg*– torturaron a Gerlich durante meses y el 30 de junio de 1934 fue fusilado en el campo de concentración de Dachau. Mientras, Goebbels, que había estudiado literatura, se autodenominaba «patrón del cine alemán» y usó la ficción para distraer a la población de la realidad y adoctrinarlas en el nazismo. La relación de Goebbels con el cine está muy estudiada:

Lo que realmente quería Goebbels era una industria cinematográfica sólida cuyos productos reunieran nivel artístico y potencial taquillero. Esto era lo importante; el mensaje también lo era, por supuesto, pero vendría por añadidura. Goebbels era un fanático del cine de Hollywood y sabía que los americanos introducían su *weltanschaaung* a través de sus películas de esmerado acabado técnico e intérpretes de reclamo internacional. (De España, 2001, p. 151)

Goebbels y Gerlich se dedicaban a la comunicación, pero, en la misma época en la que Gerlich criticaba el nazismo, Goebbels era ministro de propaganda nazi. Usar la palabra «comunicación» para lo que hacían ambos es, en mi opinión, una técnica actual para blanquear el fascismo. Goebbels era un excelente comunicador, no sólo un gran orador, sino que se sintió muy atraído por medios incipientes en su época como la radio y el cine. Podríamos definirlo como un gran comunicador oral o audiovisual. Pero Gerlich era mucho más: no fue un simple comunicador, pues dio su vida por la verdad. Goebbels estableció los 11 principios de la propaganda, que son la base del *marketing* político de los partidos populistas actuales. Gerlich se dedicaba a desmontar esos principios para que la sociedad no se viera atrapada en ellos. A mi juicio, cuando una universidad elimina la palabra «periodismo» de su departamento y la sustituye por «comunicación» está contribuyendo –quizás sin saberlo– a blanquear el autoritarismo (del fascismo al comunismo) y a debilitar la democracia.

Porque el término «comunicación» es totalmente vacío: todos se comunican, no sólo las personas y los animales –desde los delfines a las ratas o cucarachas–, sino que está demostrado que hasta las plantas también lo hacen a través de señales químicas.

Comunicación viene del latín *communicāre* que significa, simplemente, «compartir algo» o «poner algo en común»; por tanto, desde el punto de vista del lenguaje humano, todo lo que sea poner algo en común es comunicar. No puede existir una profesión de «comunicador» porque poner algo en común, comunicarnos, es consustancial al *homo sapiens*. Igual que no puede existir una profesión de caminador porque todos caminamos o de hablador porque todos hablamos. Otro sentido sería comunicador mediático o de masas –que es donde entraría Goebbels–, pero no comunicador.

El periodismo trasciende el simple acto de comunicar, no es algo biológico sino épico y ético y tiene un propósito: buscar la verdad y hacerla pública. Como la ciencia. ¿Pero cuál es la función de la comunicación? Depende. Si es comunicar ficción, es mentir. Y, aunque esa mentira pueda ayudarnos a entender algunas realidades, no es la realidad. Platón estaba en contra de la ficción porque, en su opinión, suponía blanquear la mentira (y por lo que supuso la obra de Aristófanes en la condena a muerte de maestro Sócrates). Si un periodista se inventa un reportaje y unas fuentes, puede ir a la cárcel. Si un escritor de ficción o un cineasta se inventa una trama o unos personajes, puede ganar el nobel de Literatura o un óscar.

La propaganda también es comunicación, así como la creación de bulos y teorías conspiranoicas. Si tienen repercusión en la audiencia podría ser «comunicación social», un término muy desafortunado que, desgraciadamente, se usa en algunos países latinoamericanos con déficit democráticos para no tener que lidiar con la palabra «periodismo». ¿Qué es un comunicador social? Pues alguien que comunica a la sociedad: desde un *influencer* a un periodista; desde un político a un científico con redes sociales. Comunicador social en la era de las redes sociales es todo aquel que tenga más de 100 seguidores en una red social. Pero un comunicador social no tiene que seguir unos criterios éticos ni deontológicos. Ni, desde luego, debe tener el objetivo de buscar la verdad y hacerla pública.

Desde mi punto de vista, una de las maneras que ha tenido el poder político –y también el académico– de secuestrar al periodismo en los últimos años es englobarlo en el término «comunicación». Incluso ha usado a las universidades para quitarle el pedigree y la historia épica del periodismo y travestirlo con el término tan vago como «comunicación». Teniendo en cuenta que Goebbels fue un gran comunicador, ¿hay un fascista escondido en todo aquel que quiere sustituir la palabra periodismo por comunicación? El periodismo político es contrapoder y, en ocasiones, dar la vida por contar sus abusos; la comunicación política es Goebbels, pues persigue persuadir y multiplicar adeptos. El periodismo científico es aquel que intenta descubrir la verdad sobre la corrupción de las farmacéuticas, de las energéticas o de la ciencia. La comunicación científica puede ir desde la bibliometría –las revistas científicas– hasta la divulgación que hacen los negacionistas del cambio climático o antivacunas. Porque ellos, no lo olvemos, también comunican. Comunicación medioambiental es un término muy siniestro: significa poner al mismo nivel a los negacionistas del cambio climático con los científicos que lo demuestran.

Y es que la palabra «comunicación» es vacía, pero, sobre todo, siniestra, pues en ella caben lo que

hacen desde Goebbels a Almodóvar; desde Belén Esteban a Trump; desde María Pombo a Alvise Pérez. Lo que no cabe en la palabra «comunicador» son los periodistas que se juegan la vida en Gaza; los que se juegan la vida contra los autócratas desde Rusia a China o Venezuela. O, simplemente, los que en España prefieren el dato al relato. Los hechos a las opiniones. Por eso, reitero: cuando desde la academia se engloba el periodismo en el paraguas de la comunicación, es un primer paso hacia el fascismo o cualquier otro totalitarismo, que siempre estarán a favor de la comunicación (la propaganda lo es) pero jamás a favor del periodismo.

Esta sustitución del periodismo por comunicación se produjo en muchos países sudamericanos con democracias deficientes donde la titulación es de Comunicación Social. Esos regímenes tenían miedo del término periodismo y el periodismo en esos países, aunque valiente —de hecho, esa región es una de las que lidera la muerte de periodistas—, nunca ha sido determinante. Sin embargo, es preocupante que en países con tradiciones democráticas relevantes como Estados Unidos se empiece a usar «communication», excepto en Colombia, que defiende con uñas y dientes su facultad de «Journalism». Otras han intentado llenar el vacío del término «communication» con adjetivos, como en *communication studies*, o *media studies*, que sólo es sociología de medios; es decir, una ciencia social que, con su jerga incomprensible, no hace daño al poder: por eso tampoco mueren sociólogos en el ejercicio de su profesión. Para el poder real, como mucho son una cofradía de pedantes.

5. ¿Y el invento español de «comunicación audiovisual»?

En España tenemos un problema añadido. Aquí también se ha asentado la moda, en mi opinión con tintes autocráticos, de sustituir «periodismo» por «comunicación» como si fueran conceptos intercambiables. Como he comentado, muchos departamentos en algunas universidades han eliminado el término «periodismo» porque con esa palabra no cabe albergar disciplinas que blanqueen la mentira como hace la ficción. Pero, además, tenemos una peculiaridad: en España existe el grado y el área académica con el extravagante nombre de «Comunicación Audiovisual». Lo de extravagante es porque no existe nada similar en ningún país del mundo.

De hecho, ni siquiera el nombre funciona en inglés, el idioma central de la ciencia. Tampoco en francés o italiano. Si se busca en Google «audiovisual communication», solo existe en algún texto de algún español sin nociones de inglés, pues en inglés *audiovisual communication* no significa absolutamente nada. Si se refiere a la disciplina, en inglés sería *film studies* y, si se refiere a la profesión, tenemos numerosos nombres para definir ese trabajo: un realizador, productor, director, guionista, etc. Ninguno es *audiovisual communicator*.

No cuestiono aquí los trabajos de investigación ni la solvencia académica de los colegas de comunicación audiovisual; cuestiono el nombre de la disciplina y cuestiono que quiera fundirse con periodismo o, incluso, que se imparten dobles grados de

Periodismo —que defiende la verdad y los hechos— y de Comunicación Audiovisual —que defiende una mentira, que como es la ficción—.

Debe ser tremendo para ese alumnado escuchar a la vez decir, como afirmamos los periodistas, que la ficción es indigna, y en la clase siguiente, que es excelsa. Cuando trabajen de periodistas, ¿no tendrán tentación de inventar personajes y tramas en sus reportajes? El doble grado es útil porque ese alumnado adquiere muchas destrezas del lenguaje audiovisual y eso es útil para el periodismo; pero, desde el punto de vista ético, en una clase defendemos una aproximación y en la siguiente la contraria. Y eso contribuye al relativismo intelectual. A la noción postmoderna de que la verdad no existe y de que todo puede ser válido. Desde la universidad estamos extendiendo la noción de los «*alternative facts*», tan dañina para la sociedad actual (Elías, 2019).

Creo que «Comunicación Audiovisual» funciona aún menos en español si quieren estudiarla sin un doble grado. Todos entendemos qué es un cineasta o un crítico de cine. También un estudioso o teórico del cine o, en general, de la ficción visual y sonora. Pero... ¿qué es un comunicador audiovisual? Pues, obviamente, no quien tiene esa titulación, puesto que la comunicación no es una disciplina académica, ya que, antes de que existiera esa disciplina, la palabra ya se refería a una capacidad o una habilidad.

La dermatología es una disciplina y una profesión; no significa otra cosa que el estudio de la piel. También el periodismo o la arquitectura; pero no la comunicación. Hay comunicadores orales, comunicadores escritos y hasta telepáticos y con el «más allá». Y también, por supuesto, hay comunicadores audiovisuales: aquellos con la habilidad para comunicarse en medios visuales o sonoros. ¿Belén Esteban puede definirse como comunicadora audiovisual? Por supuesto. ¿Puede definirse como periodista, cineasta o veterinaria? Jamás.

Cualquiera que tenga un canal de *YouTube* o de *TikTok* o *Instagram* es un comunicador audiovisual. ¿Tiene algún compromiso ético o deontológico la comunicación audiovisual? Pues no. Otro dato: mientras que en la mayoría de los estudios de Periodismo existe una materia (ya sea transversal o específica) sobre ética y deontología profesional, esa materia no existe en la comunicación audiovisual ya que, si el cine o las series son válidos, pero los personajes y tramas son inventados —es decir, no son verdad, sino una mentira flagrante—, ¿para qué hace falta un código deontológico si parten de algo reprochable como blanquear una mentira o, incluso, convertirla en arte?

El término de «comunicación audiovisual» es muy desafortunado porque los propios egresados no saben cómo definirse. Todo el mundo sabe qué es un periodista, un médico, un veterinario, un físico o un filólogo. También un director de cine, un publicista, un actor o un guionista, pero qué es un comunicador audiovisual. Y, sobre todo, cómo traduzco el término cuando me voy a un país que no es España. Está claro que quien introdujo el término en España —que se sabe y es rastreable— nunca había salido de este país a una universidad extranjera. O aún peor: tenía otras titulaciones

—sociología, historia, derecho, filosofía, filología— y condenaron a las generaciones siguientes a un título con un nombre vacío.

No estoy diciendo que esa capacitación profesional o investigación académica no sea importante, pero ese nombre le resta eficacia y, sobre todo, es un problema para la democracia: ¿qué pasa si alguien de comunicación audiovisual trabaja de periodista? Si lo hace un veterinario o un historiador, trabajan con la verdad y en su plan de estudios todo lo que estudian son hechos, no invenciones, pero es que en audiovisual hay muchas materias que ensalzan la mentira; es decir, la ficción. Hay teóricos que ya hablan de los efectos perniciosos de la *netflixación* de la sociedad: de cómo la ficción se utiliza para escapar de la realidad y de los efectos destructivos para la democracia. Desde la creación de héroes y villanos hasta las tramas conspiranoicas.

Es lo que muchos autores denominan «narrarquía», el triunfo del relato sobre el dato. Pero lo peor es que lo estamos potenciando desde las universidades. Incluso muchas asociaciones de la prensa consideran que un titulado en publicidad (es decir, propaganda); en comunicación audiovisual (es decir, ficción) o en comunicación (es decir, en algo vacío) pueden ser asimilados a los titulados en periodismo. Es la muerte de la democracia. «Sin periodismo no hay democracia», rezan las chapas que reparte la Asociación de la Prensa de Madrid. Pero la ficción, la publicidad y la propaganda no sólo funcionan en una dictadura, sino que, en muchas ocasiones, son colaboracionistas. No pueden mezclarse esos titulados. Goebbels no podría ser admitido como miembro de una asociación de la prensa.

6. La IA acabará con los creadores de ficción, pero incrementará la relevancia del periodismo

Como he dicho, Platón —el gran discípulo de Sócrates— estaba en contra de la ficción y, por ejemplo, a favor de las matemáticas: «no entre nadie aquí sin saber matemáticas», decía el frontispicio de su academia, considerada la primera «universidad» de la historia. Y, precisamente, van a ser las matemáticas las que van a acabar con la ficción (creada por humanos): la inteligencia artificial (IA) son algoritmos basados en teoremas matemáticos.

Últimamente se está hablando entre los creadores de ficción de códigos deontológicos, pero no para evitar temas inventados o personajes que nunca han existido, sino para que no los creen la inteligencia artificial generativa. Pero, en mi opinión, tienen la guerra perdida. Igual que la gente compra ropa que le guste, con independencia de que haya sido cosida por una máquina o una persona, leerá una novela o verá una serie si la trama le gusta, con independencia de que fuera escrita por humanos o algoritmos.

La IA puede equivocarse, obviamente, pero qué más da equivocarse en una ficción si nada existe, si nada es real. Es más, ya hay modelos de lenguaje de IA que están diseñados para la ficción y detectan, por ejemplo, si te has olvidado de un personaje en la trama, error que le sucede con frecuencia a un

humano. Se han creado programas que escriben novelas con el estilo del escritor que queramos y que pueden definir las características de los personajes como nosotros le digamos (Elías, 2015). El *prompt* podría ser: «Escribe una trama inspirada en los incendios de España de 2025 con el estilo narrativo de los *Episodios Nacionales* de Galdós y los personajes con la profundidad psicológica que les da Tolstoi». Y, muy pronto, podremos añadir el *prompt*: «Convierte esa trama en imágenes». Y los personajes no serán actores humanos, sino avatares que la propia IA diseña.

El periodismo, sin embargo, está anclado en la realidad y la verdad. Ahí no puede entrar la IA. La entrevista a un presidente de Gobierno no puede ser inventada, porque sería un delito si es periodismo; no lo es si es ficción. Un reportaje sobre el sufrimiento en Gaza o Ucrania sólo es relevante si es real, no si está inventado por IA. Incluso en el periodismo comunicado de forma audiovisual: ni un audio, ni una foto, ni un vídeo sobre el sufrimiento en cualquier guerra tienen predicamento si no es real. Si no está hecho desde las ruinas que han dejado los misiles.

Desde el periodismo siempre decimos que la ficción es para cobardes: es muy cómodo y seguro filmar una película sobre la guerra en un campo helado de Ucrania desde la soleada California. Por eso el poder los premia. Prefiere la literatura o la poesía —incluso en los Nobel— que la literatura que habla de datos reales como el ensayo y el periodismo. La narrativa de ficción siempre ha sido más premiada que la de «no ficción».

Pero la venganza de Sócrates y Platón sobre Aristófanes vendrá pronto: esa película sobre la guerra la hará la IA, con guion de IA, actores desarrollados con IA e imágenes totalmente reales desarrolladas con IA. Si al público le gusta, qué más da que el producto no haya sido elaborado por humanos. Si tiene errores, qué más da, si en una ficción, todo es mentira. Así se entiende que el sindicato de guionistas de Hollywood secundara en 2023 una huelga brutal. En el fondo saben que la IA acabará con muchos de ellos.

Contar con testimonios reales de refugiados, con imágenes de perdedores de la sociedad, criticar al poder con datos reales —no en una película o novela— y verificar qué es verdad, qué es un dato real y qué es mentira (ficción) es el trabajo de los periodistas y eso cada día será más valioso. Y más necesario, ante el enorme caudal informativo que inunda el ecosistema digital. El periodismo, no obstante, no puede inventarse las fuentes de un reportaje o describir los paisajes o paisanaje en una crónica, porque el periodismo es esclavo de la verdad y la realidad. El periodismo también es contraste y verificación.

El periodismo, obviamente, no es sólo prensa de papel; es comunicación oral, digital, escrita y audiovisual. Tiene todas las formas posibles de comunicación. Lo único que le está prohibido es la ficción; para un periodista la ficción siempre es y será indigna. Y siempre muy peligrosa.

No obstante, el periodista necesita dominar los recursos de la ficción —desde la teoría de la imagen a la narratología— para transmitir la verdad y los datos con más eficacia. Necesita conocer los principios de la propaganda, para combatirla. Entender las herramientas de la literatura de ficción para usarlas

en novelas –con datos reales– como *Gomorra* o en ensayos de no ficción. Y necesita comprender el lenguaje cinematográfico para el documental periodístico. La IA no hará atractiva la creación de ficción para los humanos, y eso ayudará a que los periodistas no caigan en la trampa de la ficción (los mejores novelistas desde el siglo XIX proceden del periodismo) porque no les será tan rentable. Que el mejor talento sea periodista y no novelista o guionista es bueno para la democracia.

En su «ciudad ideal», Platón proponía desterrar a los poetas y dramaturgos para proteger a los ciudadanos de las mentiras que estos escribían, entre ellas *Las Nubes* de Aristófanes. No hará falta desterrarlos, la IA acabará con ellos. No es algo bueno. Aunque la ficción sea peligrosa –el propio *Quijote* es una obra de ficción que habla de los peligros de la ficción–, también ha dejado páginas importantes de entretenimiento; sin embargo, es simple comunicación y la IA la pondrá en el lugar que le corresponde. El periodismo, sin embargo, es mucho más que comunicación. Y la IA simplemente será una herramienta para desarrollar mejor su función: buscar la verdad y hacerla pública. La IA ha sido desarrollada por el poder y sirve al poder. Por tanto, nunca podrá encontrar la verdad, aunque sí elaborará ficciones que nos entretengan y nos alejen de ella. El periodismo sirve a la sociedad, a las víctimas, a la aproximación científica sobre la pseudocientífica. Y los periodistas siguen muriendo por llevar a cabo su labor. Los ingenieros de la IA, no.

7. Declaración sobre uso de inteligencia artificial

No se han utilizado herramientas de inteligencia artificial para la elaboración de este ensayo.

8. Referencias bibliográficas

- Adler, T (2011). *Hollywood and the Mob: Movies, Mafia, Sex and Death*. Bloomsbury.
- De España, R. (2001). El cine nazi: temas y personajes, *Historia Contemporánea*, 22, 151-178. <http://hdl.handle.net/10810/37893>
- Elías, C. (2015). *El selfie de Galileo. Software social, intelectual y político del siglo XXI*. Península-Planeta.
- Elías, C. (2019). *Science on the Ropes. Decline of Scientific Culture in the Era of Fake News*. Springer-Nature. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-12978-1>
- Fernández Torres, M. J. y Villena Alarcón, E. (2021). Posicionamiento en los entornos digitales: el caso de Netflix y su interacción con los públicos. *Fonseca, Journal of Communication*, 22. <https://doi.org/10.14201/fjc-v22-22693>
- Han, B. Ch. (2022). *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*. Taurus.
- Reporteros sin Fronteras (2024). Balance 2024 de periodistas asesinados, encarcelados, secuestrados y desaparecidos en el mundo. <https://rsf.org/es/balance-2024-el-periodismo-paga-un-precio-humano-desorbitado-en-los-conflictos-y-los-reg%C3%ADmenes>
- Santa Teresa de Jesús (2001). *Libro de la vida* (Álvarez, T., ed.). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Scaramella, D. (1972). *“Las Nubes” de Aristófanes. Estudio, versión y notas*. Columba. Buenos Aires.
- Vargas Llosa, M. (1990). *La verdad de las mentiras*. Alfaguara.
- Wilson, E. (2008). *La muerte de Sócrates: héroe, villano, charlatán, santo*. Ediciones de Intervención Cultural.